

Cuando al lugar deseado van llegando,
Un gran placer en sus pupilas brilla;
Al acercarse, el arma van montando,
Y como a lo alto el perro está mirando,
Apuntan y ---- desmontan, --- una arbillera.

Luego deshacen el camino andado,
En buena ^{hacha} por el bosque, errante;
Ya un trecho largo llevan caminado
Sin haber nada, nada en el hallado,
Y a descansar se paran un instante.
Cada uno expone, da su conjetura
En la demora de encontrar su preza,
Con afán, de pronto, andan la espesura,
Pues sienten que los viejos, con bravura
Hallan la fiera y la batalla empieza.

Sobre un árbol ladeado, allí subido,
La cola, el tigre, bate, sin cesar,
Por los gajos del árbol defendido,
Medroso, traicionero, allí escondido,
Los ojos se le miran centellar.
Con pulso firme, un pie hacia adelante,
Un tirador de aquellos dos se mide,
Apunta bien, dispara y el gigante
Rey de la selva, bótase al instante
Enfurecido al suelo, y se despide.

Nuevamente los perros lo persiguen,
Y allí lejos, lo vuelven a parar.
Ellos, los hombres, tras la fiera siguen,
Y de ella, andando en pos, al fin consiguen,
De ella misma sus pasos acercar. siguen.

Contra un árbol de maleza rodeado,
En donde el tache cruza allá y acá;
Se alcanza a divisar un arrasado
Que parece haya sido; o fue formado
Por esforzados toros al pelear.

Es que el tigre al sentirse perseguido
Busca la maleza y espera allí,
Y como al atacar se va tendido